

filantrópica. Califica de miserabilísimas las cárceles de Inglaterra y mucho más todavía las casas de corrección, donde por constitucional tenacidad se daba á cada uno un pan al día del valor de un sueldo, no obstante que entonces los panes de á sueldo tenían doble menor peso que cuando se hizo la ley. Según su relación, en estas prisiones todos los encarcelados de todos sexos estaban confundidos, sin trabajo, sin instrucción, sin aseo; eran frecuentes las fiebres carcelarias y por lo mal seguro de los encierros se sujetaba con grillos á los presos, dejándolos espuestos á las injurias de los carceleros, que con frecuencia prolongaban la pena á su talento, mientras otras veces permitían la entrada á los que iban á jugar y beber con los detenidos.

No estaban mejor las cárceles en Irlanda y Escocia, pero eran rarísimos los delitos por hallarse difundidos el sentimiento de la propia dignidad y la instrucción.

En Suecia todos los sábados un oficial de la cancillería debía visitar las cárceles, las cuales estaban arregladas con más sensatez y menos inhumanidad.

En Dinamarca se encadenaba también á los acusados de homicidio; se azotaba, enroscaba y ahorcaba en las plazas públicas; y en los infanticidios, que eran frecuentes, la reo era condenada á prisión por toda su vida, y cada año en el día aniversario del delito era sacada de la cárcel para ser azotada volviendo después á la prisión.

En Rusia las cárceles eran como de bárbaros y también los particulares las tenían.

En Holanda por el contrario reinaba en ellas el orden y el aseo, había la debida separación de secos, estaban distribuidas las horas del día, tenían los presos médicos vigilantes y oficio divino en las fiestas, y los carceleros eran llamados padres y madres. Había también aposentos para encerrar á los muchachos de mala conducta á petición de sus padres, práctica usada en toda Alemania donde sobre la puerta de estos aposentos se escribía el nombre de cualquier país para poder responder que los hijos se hallaban en la India, en Francia ó en Italia. En Alemania existían pocos presos, acelerándose los procedimientos y obligándose á los sentenciados á trabajar en la recomposición de calles y en las fortificaciones. No había calabozos pero continuaba el tormento, excepto en Prusia, y los presos debían ganar su vida con el trabajo ó la limosna. En Hamburgo el carcelero hacía igualmente el oficio de verdugo; en Manheim y en otros puntos se daba la bienvenida y la despedida á los presos con una buena paliza. En Gante los Estados de Flandes habían construido una buena casa de corrección.

La Francia se hallaba en esta parte muy atrasada: muchos infelices eran sepultados en subterráneos, lo mismo en París que en las provincias, no obstante los socorros que es proporcionaba una sociedad fundada con

este objeto en 1753, y á pesar de que una hermana de la caridad asistía á todas las cárceles. Los encierros de la Bastilla eran pésimos.

También en Suiza se tenía encadenados á los presos: los juicios, sin embargo, eran pronto; los sentenciados á penas más graves debían barrer las calles llevando un collar de hierro al cuello, otros hilaban y tejían y todos eran mantenidos de los fondos públicos.

En todas las provincias de España, á excepción de Navarra, duraba la tortura; los procedimientos judiciales eran lentos; los carceleros alquilaban por dinero los encierros y aligeraban las cadenas; dos individuos del consejo privado tenían obligación de visitar anualmente las cárceles, y facultades para mitigar las penas. En la magnífica prisión de San Fernando cerca de Madrid se recogían los libertinos y los vagos, se les vestía uniformemente, y se les daba ocupación regular y ordenada. La sociedad de la Misericordia en Portugal, compuesta de ilustres personas, socorría á los presos pagando por aquellos que no tenían dinero los derechos de escarcelación que se cobraban al salir. En algunas provincias los presos no vivían sino de limosna; los procedimientos eran larguísimos y los carceleros permitían á los presos la salida bajo palabra de volver al encierro.

En Turin las cárceles eran pésimas; no las había mejores en Milan si se exceptúa la casa de corrección; los plomos y los pozos de Venecia conservaron novelesca infamia. El Estado de Luca solía mandar sus delincuentes á Venecia ó á Génova; pero después se procuró unas malas cárceles. En Toscana el gran duque Leopoldo las había preparado mejores; en Génova con mucha prudencia se habían destinado prisiones distintas para los deudores, las mujeres y los demás reos. Las cárceles de Roma eran las mejores en apariencia que en realidad, y las de Nápoles rebosaban de presos sin aire y sin trabajo.

A José II le dijo Howard que sería mejor la horca que las fortalezas austriacas. Honrado con el título glorioso de padre de los presos, decía: "los delincuentes deben vivir aislados en celdas separadas y ocuparse en algún trabajo. Si viven reunidos tendrán vergüenza de inclinarse al bien; pero abandonados á sí propios podrán avergonzarse del mal. El hombre solitario siente su propia debilidad, teme más que espera y no emprende cosa mala. La soledad y el silencio aumentan el pavor que causa el delito; inducen el ánimo á la reflexión, y la reflexión lleva al arrepentimiento. El malvado es un hombre depravado: en el recogimiento y la calma se purifica, y las horas de silencio y de meditación atraen á más hombres estraviados ó criminales al amor, al orden y á la honradez, que los castigos más severos."

En Alemania la agricultura estaba enteramente descuidada, especialmente en las pro-

vincias que compusieron la Prusia: los grandes propietarios intrigaban en las ciudades ó combatían, dejando las posesiones á merced de arrendadores y colonos desprovistos de conocimientos y de recursos para mejorarlas. Alberto Thaer, natural de Hannover, habiendo estudiado los métodos y prácticas de Inglaterra, estableció en Celle una especie de escuela rural, y escribió primero un tratado sobre la agricultura inglesa (1794) y después las anales de la agricultura. Mitterpacher, de Buda, dió también en latín el primer curso completo de este arte, el cual fué traducido en todas lenguas.

Godofredo Copley fundó en la sociedad real de Londres un premio para los mejores experimentos dirigidos á procurar la conservación de los hombres, cuyo premio fué adjudicado al capitán Cook que logró llevar á cabo sus memorables expediciones con tan poca pérdida de gente. El inglés Hawes estableció la sociedad filantrópica para socorrer á los puertos en apariencia, para evitar los enterramientos precipitados y auxiliar á los ahogados. Enrique Pestalozzi en Zurich introdujo nuevos métodos de educación razonados, á propósito para la vida, no para la escuela y sin caer en los sueños de Juan Jacobo; y lo mismo que Fallemberg procuraba rodear de niños pobres para hacerles hombres de bien. Con este mismo objeto trabajaba el abate Gaultier para hacer agradable y entreteida la instrucción.

Ricardo Arkwright (1739-1792) del condado de Lancaster, décimotercio hijo de una familia pobre, fantaseando hallar el movimiento perpetuo, vió luego que á esta estéril investigación podía sustituir la de los medios de auxiliar la industria de la población entre la cual se criaba. Había comenzado entonces Inglaterra á tejer los algodones ó indianas, en vez de traerlas del país del que habían tomado este nombre; pero se hacía la urdimbre de hilo de lino para que fuese bastante sólida, y el algodón para la trama era hilado á mano. Arkwright arrojando las privaciones de la pobreza montó en su casa un aparato para hilarlo á máquina y muy luego estableció una fábrica de estos hilados. Perseguido como todos los innovadores, vendió á sus enemigos con el buen éxito, y murió seguro de haber dotado á su patria y al mundo de un instrumento que pondría á baratísimo precio las telas, hasta entonces reservadas tan solo á los ricos.

Mayor eficacia debía ejercitar Jacobo Watt, escocés (1736-1819), perfeccionando las máquinas de vapor para darles regularidad y precisión. Pensando aplicarlas á la industria, primero las usó para extraer el agua de las minas de carbon de Kinneil, y luego asociado con Boulton, rico fabricante de Birmingham, compuso máquinas que cedía á los mineros sin más condición que la de que le diesen la tercera parte de lo que ahorraran en combustible; lo cual le produjo inmensas sumas. A esto se limitó durante el siglo an-

terior la aplicación de un invento que en el nuestro debía adquirir la importancia que todos venios.

Así se comenzaba á elevar al pueblo por medio de la compasión, queriendo los señores hacerse perdonar la desproporción de los gozos, sacando de ella los escritores nuevas inspiraciones y proclamando nuevos héroes, buscándolos filántropos sinceramente el bien; de todo lo cual resultaban la benevolencia universal, el culto de la humanidad.

Entre esta aspiración hacia las mejoras en nombre de la filantropía, como un tiempo en nombre de la caridad, hubo que deplorar mayores delirios; por odio á los errores viejos se difundieron muchos nuevos: por clamóbase ante todo la experiencia y se rechazaba aquella que el género humano había hecho en tantos siglos, costando millones al Estado y la ruina á muchas familias algunos de los nuevos experimentos. Quiso con la atracción de Newton explicar la formación del feto y la de las montañas, y hasta los gémetras sostuvieron que con dar escaltación al alma se podía adivinar el porvenir. Impugnóse el *raio* y el *tuyo*; se miró la sociedad como una perversión del hombre.... Pero la filosofía que tenía por principios los derechos del entendimiento y por objeto los progresos de la humanidad, contestaba á los que la acusaban por semejante doctrina mostrándoles las mejoras como obra suya; y haciéndose más absoluta, abandonando toda especie de dudas, satisfecha de sí misma, alzaba contra lo rasado una bandera cuyo lema era *razon y filantropía*.

LOS FILOSOFOS REINANTES.

Lo sociedad recibía pues ataques multiformes de las doctrinas enciclopedistas, de las ciencias, de los intereses, de la ira, de la benevolencia. Pero al liberalismo de nuestro siglo, colocado de nuevo en la oposición, chocó el ver que entonces el fanatismo de las ideas parecía, no solamente secundado, sino también fomentado por los príncipes reinantes, conmoviendo ellos mismos las bases de su propia existencia política.

Carlos III después de haber ocupado veinticuatro años el trono de Nápoles, pasó al de España, y si no fué de aquellos grandes hombres que tienen la energía bastante para regenerar un país, fomentó á lo menos las mejoras. Rico de dotes naturales no cultivadas, sereno en la tempestad y en la bonanza, sabía dominarse á sí mismo. Arregladísimo en sus costumbres, religioso aunque no servil con Roma ni con los confesores, se adhería obstinadamente á sus opiniones particulares y por satisfacer su pasión á la caza descuidaba los negocios. El marqués de Esquilache que dirigía los de la hacienda y la guerra, introdujo muchas mejoras, hizo poner alumbrado en Madrid, prohibió el uso de armas, el de capas largas y sombreros con alas bajas, y reformó otros abusos. El pueblo,

que siempre está dispuesto á culpar á los ministros de hacienda, se sublevó para matarlo (1766), y no habiéndolo hallado pidió que se le espulsara del reino, que se bajasen los precios del pan y del aceite y se permitiesen de nuevo las capas largas y los sombreros de anchas alas, no habiéndose calmado hasta que el rey espidió cuatro jesuitas con el Crucifijo, los cuales accedieron á todas las demandas populares, sensatas ó no.

Era este caso inaudito en España, y Carlos por él conservó rencor á los jesuitas, creyendo que no podía venir sino de ellos una sublevación que tan bien habían calmado. Para evitar otros tumultos el nuevo ministro, conde de Aranda, desterró á seis mil vagos de Madrid é introdujo en la población veinte mil hombres armados, merced á los cuales pudo tener tirantes las riendas. También este ministro mejoró la administración política, reformó el ejército por el modelo del de Prusia, aumentó la marina, restringió las facultades del tribunal de la nunciatura, minoró las casas de asilo y mitigó el poder de la inquisición ya que no le era posible abolirla.

Para el conocimiento de aquella época no es inútil hablar de la imitación mas feliz del D. Quijote, la Vida de Fr. Gerundio de Campezas; en la cual el jesuita Isla (1714-1768), ridiculizó el estilo culterano y á los malos predicadores. Gerundio había aprendido de los capuchinos, á quienes su padre obsequiaba generosamente, muchos textos que no entendía, muchas proposiciones teológicas que entendía á medias, pero que mediante el aplauso de los obsequiados capuchinos le habían granjeado en su pueblo alta reputación. Su padre lo puso á la escuela; y el autor parodiaba aquí la enseñanza pedantesca, las graves disputas sobre la ortografía y la ignorancia magistral del domine, que á propósito ó inoportunamente cita pasajes latinos y escita la admiración de los discípulos con títulos los mas extravagantes de libros y con lo ampuloso de las dedicatorias, entre las cuales hay una de un alemán que dice: "A los tres soberanos hereditarios en la tierra y en el cielo, Jesucristo, Federico Augusto príncipe electoral de Sajonia, y Mauricio Guillermo de Sajonia-Zeitz."

Gerundio entra á fraile por consejo de un predicador que lo envuelve en su artificiosa elocuencia, y de un lego que le espone los gozes de los novicios y los mayores que los que llegan á ocupar el púlpito obtienen, merced á los donativos de los devotos, sin contar con la confianza femenil. Fray Blas, el predicador mas famoso del convento, sabía captarse la voluntad de las mujeres, ya con el artificio de componerse el pelo y arreglarse el habito, ya con suaves palabritas, unas veces con proposiciones inesperadas, otras escitando la curiosidad (1). Por semejantes

(1) En una ocasión principia: Niego que Dios sea una sola esencia en tres personas. To-

modelos se forma Fray Gerundio, sobresaliendo en fama y en gloria, y el autor nos regala algunos de sus sermones, estraña mescolanza de sagrado y de profano, sin conexión ni sentimiento.

Esta sátira, esagerada como lo son todas y que atrajo sobre el jesuita la ira de los frailes de todas las órdenes, nos muestra sin embargo la corrupcion á que había llegado la elocuencia, cuando en el púlpito, su único campo, resonaban los delirios de la escuela, las mezquinas pretensiones del culteranismo, el estragante esmero en guardar la armonía, la afectada erudición, lo embrollado de los periodos y el afán de buscar lo inesperado y lo estraño.

Don José Somoza, español contemporáneo nuestro, describe de este modo la vida de Madrid en 1760, vida que era la que se hacia en nuestra parte de Europa: "Todo caballero al salir del lecho se ponía en manos del barbero, funcion entonces mucho mas larga que ahora que tenemos las dos terceras partes de la cara con pelo, y operacion que nadie hacia por sí mismo. Despues entraba el peluquero á peinar, untar, arreglar y empolver la cabeza, operacion larguísima. Solo entonces se pasaba al gran trabajo de vestirse, que los mas listos no concluian en menos de tres cuartos de hora: tantas eran las piezas que tenían en el vestido y tantas las hebillas desde las que sostenian el cuello hasta las que apretaban los zapatos: Terminada esta arquitectura, nuestro hombre se ceñía la espada y rogaba á Dios que hiciese buen tiempo, pues que tenia que arrastrar la intemperie con pié firme y cabeza descubierta, cualquiera que fuese el tiempo que hiciera.

"Si caminaba á pié, tomaba las mayores precauciones para salvar del lodo las medias de seda blanca y los zapatos á la *mahonesa*. Yo he conocido á un oficial que adquirió gran reputacion por haber atravesado á Madrid en invierno sin mancharse de lodo, talento de alguna importancia en un tiempo en que todos caminaban á pié, cosa que hoy no hacen sino los comerciantes y personas de negocios. Entoces tambien las menores cosas estaban sujetas á ceremonias y reguladas por una etiqueta inescusable que no dejaba un dia de reposo. Festejábanse tres pascuas, la de Navidad, la de la Epifania y la de la Resurreccion; habia ademas el dia del santo y el del cumpleaños. Faltar á uno de estos deberes era motivo bastante para que dos familias se enemistasen. El mas pequeño viaje esci-

dos se quedan estupefactos, y él continúa: Así dicen el ebionita, el marcionita, el arriano, el maniqueo; pero etc. Otra vez al subir al púlpito esclama: A vuestra salud, caballeros; una risa universal acoge este brindis, pero Fray Blas prosigue: No hay que reirse; á vuestra salud, caballeros, á la mia, á la de todos proveyó Jesucristo con su encarnacion.

"gia una visita de despedida universal, que cada uno devolvía esactamente al dia siguiente, y otro tanto sucedia al regreso. Cuando se celebraba la fiesta de un santo cuyo nombre fuese comun á muchas personas, el forastero que entraba en una ciudad podria suponer un incendio ó una sublevacion; tal era el correr de la gente afanada tropezándose, injuriándose, gritando por las calles; los pobres artistas se veian apurados por tener que servir á tantos parroquianos que necesitaban peinarse, calzarse, vestirse en estas grandes circunstancias.

"Comiase á la una y en mas cantidad que ahora; y mayor destreza se necesitaba para saber comer que para ganar qué comer. Adaptábase ciertos embudos de carton á los manguitos, siendo cosa convenida que las manos debian permanecer ociosas mientras estuviesen protegidas por este adorno. Otras máquinas se habían inventado para proteger de las manchas las orlas de la camisa y el cuello de la camisa; pero ninguna tan complicada y singular como la de que se servian para dormir la siesta, usanza general de nuestro clima. Yo he visto al celebre Jovellanos dormir con la nariz sobre la almohada pero sin tocarla mas que con la frente para no descomponerse los rizos.

"Solo á las personas que no debian hacer ninguna visita por la noche era permitido librar la cabellera de estos obstáculos envolviéndola en una redecilla. Estos salian embozados en una capa color escarlata, pero no por eso se veian desembarazados en el paseo, pues las medias de seda y los escarpines no les dejaban desviar del camino real. Sin embargo, la situacion de los hombres era mejor que la de las mujeres, pues que aquellos podian á lo menos sentar el pié en tierra, mientras éstas, levantadas sobre altísimos tacones de madera, tenían por precision un andar vacilante y peligroso como de gallinas que escarban. Rigorosa y estrechamente oprimidas por el corsé de ballena ¡qué ejercicio podian hacer y cómo no habían de caer á la menor sacudida! Aquel busto era cosa tan inmóvil, que algunas madres daban el pecho á sus niños á través de una especie de agujero abierto en el corsé, mientras las pobres criaturas, oprimiendo con la boca sedienta las inflexibles ballenas, buscaban inútilmente el calor del seno materno.

"El caballero todos los dias experimentaba tres metamorfosis; bata y gorro por la mañana, divisa militar al medio dia, traje galante por la tarde para asistir á la corrida de toros... La gravedad española guardaba su silencio y su decoro para las tertulias. Nada mas grave y patético que lo que llamaban un refresco. Las damas colocadas sobre un estrado formaban un formidable frente de batalla, que no daba mas señal de sensibilidad y vida que el movimiento re-

"gular y monótono de los abanicos. Seguía una línea paralela de señores por orden de dignidad, de grado y de mérito. Cualquiera habria dicho que era aquella una reunion de hombres congregados, no para divertirse sino para oír la tremenda justicia del valle de Josafat. Nada de música, nada de baile, nada de conversacion graciosa é interesante; solo los jugadores de naipes plantados en medio de la sala, tenían el derecho de gritar, de disputar desde el principio hasta el fin dirigiéndose injurias, y á puñadas sobre la mesa significar el número de sus triunfos.

"Terminado este grande asunto cada una de las familias se retiraba, y para deshacer el complicado traje, necesitaba tanto tiempo como para ponérselo. Mientras se desarmaba la cabeza de la señora, poniéndose despues una enorme cofia y una peluca gigantesca, desgarneciase la frente del esposo de una batería de rizaduras que la circundaban con sus algodones tupés. ¡Cuántos de estos nocturnos aparatos no he visto yo cuando era muchacho! A mis ojos, tan afligidos como maravillados, la forma y el volúmen de los autores de mi existencia iban disminuyéndose, y concluia por anquilarse hasta no poder reconocer su fisonomia ni su tristeza.

"La última de las ocupaciones diarias ostensibles de nuestros padres era el dar cuerda á los relojes, ejercicio no pequeño, pues que cada caballero llevaba dos y para cada reloj dos cajas. Todo era noble en aquellos maravillosos tiempos; dos relojes, dos pañuelos, dos cajas para el tabaco; costumbres inocentes en cuanto era posible, pero todas ellas pura formalidad.

"Todo era fórmula para el propietario, para el comerciante, para el artesano, para el rico, para el noble, para el plebeyo, la fórmula dominaba en la educacion del niño, en la matrícula del profesor, en la eleccion de una carrera. Tomábase una profesion, embarcábase uno para América, y volvía sin saber que hubiese antípodas, todo segun la fórmula, por respeto al ídolo mismo. La mayor parte de los hijos de familia venían á la corte, esto es, á Madrid, donde pasaban la vida de pretendientes hasta que encanecian estudiando el almanaque real. Pero de todas las profesiones la mas formalista en las costumbres, en las ideas, en los hábitos, profesion que desaparece ante la civilizacion como el nenufar y los hongos ante el cultivo, era la de los abates, que inspiraron tantas sátiras y canciones, objetos de curiosidad, de admiracion, de pasatiempo para el bello sexo, que les consideraba con tanta atencion y maravilla como consideran los jóvenes botánicos aquella planta singular que se llama mandragora."

Esperamos que se nos perdonará el habernos detenido en estas frívolas particularidades que reflejan la vida de nuestros padres

ocupaba en esta y en otras cosas de la misma importancia. Parini hace mas elegantes pero no menos ingeniosas observaciones.

En Portugal el rey José (1750), que habia vivido hasta los treinta y seis años en la ignorancia, tomó por ministro al marques de Pombal, que en breve lo dominó y se propuso restaurar el país. El marques de Pombal adquirió en sus viajes experiencia de gobierno y de política, conoció á los filósofos y por el tono de seguridad en que hablaban aquellos reformadores, se persuadió de que para crear ciudadanos, gobierno, Estado, espíritu público, bastaba escribir sobre el papel una constitucion. Por tanto lanzó al rey en la carrera de las innovaciones con un ímpetu semejante á la violencia.

Parecióle que ante todo necesitaba quitar de en medio á los jesuitas, contra los cuales descargó primero el golpe mortal, y humillar á los nobles que lo trataban con orgullo por no ser de la primera nobleza, no obstante que era de familia ilustre y estaba casado con una señora de altísimo linage (Arcos). Ellos lo asaltaron con toda clase de armas, hasta con las del ridiculo; Pero Pombal toleraba estos ataques y seguia dictando vigorosas medidas; hizo que volviesen al fisco muchas posesiones en Asia y en Africa adjudicadas á familias de los reyes precedentes; puso obstáculos á los matrimonios entre los hidalgos; negó á los hijos los títulos de los padres; prohibió á la inquisicion ejecutar ningun suplicio sin aprobacion del rey, y le quitó los registros de las personas condenadas por ella; de los cuales pudiera venir infamia á la posteridad; suprimió la distincion entre cristianos viejos y nuevos; combatió de todas maneras contra la jurisdiccion romana; rasgó la bula *In coena Domini*, limitando á las cosas del dogma la dependencia del clero respecto del gefe supremo de la Iglesia; restringió la facultad de adquirir que tenian las manos muertas, y reprodujo cuanto Sarpi y Giannone habian dictado contra la potestad eclesiástica. Reformó la universidad de Coimbra, dando preferencia á las ciencias matemáticas, é invitando con cátedras en ella á sabios ilustres de Italia y de Irlanda; fundó tambien el colegio de nobles; con los bienes que habia tomado á las congregaciones dotó hospitales y escuelas; y pensó en instituir en Mafra una orden rival de los padres de San Mauro.

El día de todos Santos de 1755 un horrible terremoto arruinó las dos terceras parte de los edificios de Lisboa; y quince mil (algunos dicen que sesenta mil) habitantes pasaron de las ocupaciones domésticas á la sepultura antes que á la muerte. El mar subió seis piés sobre el nivel de las mas altas mareas, hizo naufragar buques, derribó edificios, destruyó las provisiones y los campos (1); los

(1) Aquella sacudida fué sentida en una espacio cuatro veces mayor que toda Europa; en los Alpes, en las costas de Suecia, en las Antillas, en

incendios escitados por la lumbre que habia encendida en las casas en que ninguno podia pensar en apagar, hicieron mas triste el espectáculo de tantas ruinas; y lluvias extraordinarias aumentaron el número de enfermedades y de muertes entre los que sobrevivieron al desastre y con la corte se habian refugiado en el campo. Otras ciudades padecieron tambien, principalmente Coimbra y Braga, y Setubal quedo sepultada con todos sus habitantes.

Pombal en el remedio de estas desgracias mereció una gloria inmaculada; pero en punto á la regeneracion del país obró sin concierto ni prudencia como era de moda. Vacilante en la política, deseo del bien pero sin comprender donde estaba, si en Francia lo escaltaron hasta las nubes atendiendo á las ideas y no á los hechos, estos lo muestran animado de ódios y avaricia, aspirando consolidar el despotismo por medio de calumnias y del terror, minando por su base las instituciones y las creencias nacionales, y preparando de este modo el desórden moral, mientras trataba de remediar el material.

Sucedieron entonces rápidamente unas á otras muchas órdenes minuciosas sobre la venta de las castañas, sobre la forma de los billetes de posta, sobre la siembra de granos, sacrificando las vidas aun donde este sacrificio no convenia, sin admitir consejo ni sufrir contradicciones, sin esperar la obra del tiempo, sin hallarse en estado de sostener la discusion sobre estas medidas. Todo queria innovarlo, con lo cual pudo llenar de riquezas á su familia y satisfacer sus pasiones rencorosas. Favoreció la marina, pero desprecó los ejércitos de tierra porque no tuviesen ventaja alguna los nobles; humilló á estos al paso que anhelaba emparentar con ellos; espulsó á los jesuitas y conservó á los mendicantes; abolió el estanco de tabaco, y estableció el de la sal; hizo traducir á Voltair, Rousseau y Diderot y quemar á Raynal; aplaudió las nuevas doctrinas y prohibió toda clase de periódicos en Lisboa, no consintiendo el correo mas que una vez á la semana; refrenó la inquisicion y despues le dió el título de magestad á fin de valerse de ella para sus venganzas, y nombró inquisidor general á su propio hermano; fué espíritu fuerte y al mismo tiempo dió crédito á los milagros del obispo Osma, enemigo de los jesuitas; destruyó el poder de éstos y el de los nobles, pero lo substituyó con el despotismo ministerial confisco sus bienes, pero fué para enriquecerse y enriquecer á los suyos, entre quienes

el Canadá, en Turinga, en las playas del Báltico, rios lejanos se desviaron de su curso, las fuentes termales de Toplitz se secaron y despues refluyó el agua con un color de ocre ferruginoso y anegó la ciudad. En Cádiz el mar subió hasta veinte varas sobre el nivel ordinario; y en las pequeñas Antillas donde la marea no pasa de 75 centímetros se elevó á mas de ciete metro.

repartió con profusion títulos, empleos, y honores.

Así fundó un poder ilimitado que debia convertirse en tiranía. Y con rigor oriental habia condenado *ipso facto* á la horca á los que robaron en el desastre de Lisboa; pero no raras veces solian ahorcar; tambien con los ladrones á los que se lamentaban de miserias que no sabia reparar, y dicen que un día envió hasta cien personas al suplicio despues de un juicio sumarísimo. Daba veinte mil cruzados al que denunciase á un ciudadano que hubiese denigrado los actos publicos ó satirizado á personas empleadas en el ministerio; así hizo delito de lesa magestad toda resistencia á la voluntad del soberano, esto es, á la suya; y concluia las órdenes siempre con esta frase: *no obstante cualquiera ley en contrario*. Pedro Antonio Correa Garcao, llamado el Horacio portugués, redactor de la Gaceta, por haber dicho ciertas verdades fué encarcelado y se le dejó morir en la prision; y habiendo el obispo de Coimbra publicado una pastoral contra los malos libros que se dejaban circular, especialmente la *Doncella de Orleans*, Pombal lo hizo encerrar en un subterráneo.

Otro de los héroes de aquel tiempo era Federico II de Prusia, hombre pequeño y feo de cuerpo, de mucha memoria, de escasa imaginacion, pero inclinado á los placeres corporales, salvo los de la mesa, bastante aficionado á los del espíritu y á los escritos picantes y satíricos, lógico puro, que no sabia comprender ni la belleza del arte antiguo ni la profundidad de la ciencia moderna. Amó bastante á sus padres, poco á su mujer y tal vez nada á las demas mujeres: tuvo amigos, y no favoritos, los trataba por iguales y sabia valerse de ellos en las ocasiones. Aparentaba detestar la afectacion y el fingimiento, pero bajo un aire de confidencial franqueza sabia disimular y fingir. La fuerza de su voluntad le hacia triunfar en sus empresas, en las cuales parecia obstinado por que las habia meditado mucho. En los peligros era grande, activo, abundante en recursos; y de las fatigas del gobierno parecia sacar fuerzas para las del cuerpo.

Ganaba las batallas con el valor, á los ricos con títulos, á los literatos con la proteccion, las conciencias con la libertad, á los vencidos con el respeto, á los menesterosos con el socorro. Toleró la libertad de imprenta, y ningun rey fué objeto de tantos libelos ni los dejó tan impunes. Habiendo visto mucha gente al rededor de un cartel satírico contra él, lo hizo poner mas bajo para que pudiera ser leído con mayor comodidad, diciendo: *estamos de acuerdo, yo dejo á mi pueblo decir lo que quiere y él me deja á mi hacer lo que me parece*. Por lo demas esta conducta no tanto nacia de liberalismo cuanto de la confianza que tenia en las bayonetas, pues habiéndole referido que cierta persona lo aborrecia, preguntó: *¿cuántos miles de hombres tiene á su disposicion?*

HISTORIA.—8.

A muchos doctos franceses é italianos acogió en su corte, y en la conversacion parecia vivo, libre, interesante, mordaz, sobre todo en el asunto entónces de moda, á saber, la religion. En el santuario de Postdam este nuevo Juliano se reia de Dios, de los reyes y hasta de los filósofos; si su padre empleó el palo, él, usó el epigrama, satirizando las ridiculeces de los principillos alemanes llenos de deudas y de pretensiones, la gazmoñería de María Teresa, la hermosura de la Pompadour, las pretensiones poéticas del cardenal Bernis, los amoríos de Catalina, la intolerancia de Voltaire.

Escasísimamente educado, no conocia sino los autores franceses, y aun éstos mal, tocando á sus secretarios el cuidado de corregir sus solecismos y acomodar los versos. Pero aunque Voltaire se burló mucho de él como poeta, ocupa un lugar entre los buenos historiadores porque conocia bien la materia sobre que escribia. Desdeñando el idioma patrio, á pesar de que entonces empezaba á florecer, no se dedicaba mas que al francés, y en su libro de *literatura alemana, sus defectos, las causas de éstos y el modo de corregirlos*, habló como habria podido hablar medio siglo antes. Su obra levantó un clamor general; se le acusó de lesa nacion; pero las buenas máximas esparcidas en ella aprovecharon y se evitaron los defectos que habia indicado.

Aunque déspota y poco afecto al pueblo, estaba universalmente bien quisto; los filósofos le proclamaban un Antonino; en sus modales negligentes y en su valor encontraban los alemanes el tipo de su nacionalidad, aunque en el hecho él ni la entendia ni se cuidaba de ella; sus enemigos se veian obligados á estimarlo, y su memoria sirvió en la guerra napoleónica para despertar el valor prusiano, como hoy sirve entre los franceses el recuerdo de Napoleon.

No dejaba á los magistrados y ministros que fuesen arbitrarios, porque guardaba todo la arbitrariedad para sí, y muchas veces encarceló por pasiones particulares ó por capricho; todo lo hacia por sí solo, y de los funcionarios no se valia sino como de simples agentes; despachaba en persona asuntos que los ministros habrian abandonado á sus subalternos; hacia de chambelan, de escribiente, de mayordomo, y no creia conciliable la unidad de miras con la division del trabajo. Jamás quiso ni aun tener consejo de Estado, sin embargo de que esta institucion en las monarquías absolutas es un medio de conservar y transmitir la práctica del gobierno. Para servirlo no se requerian talentos ó probidad, sino el ser máquina dócil á su impulso; así bastando para ser ministro el saber escribir, no pudo escitarse la actividad mental y todo se reducía á fórmulas minuciosas. No dejamos nada para mañana, era uno de sus dichos; todas las mañanas leia legajos de cartas, indicaba las respuestas, firmaba y las remitía á su destino, y por el día escaminaba las cuentas y revisaba su guardia con la minu-

ciosa atención de un sargento. Pero mientras los otros países devoraban sus rentas, él ahorrando hacía florecer las suyas: en todo mantenía estrecha economía; daba escasos sueldos á sus embajadores; vestía mezquinamente; vendía la caza de sus parques y aunque aficionado á los placeres de la mesa, no gastaba para su casa particular mas de cincuenta mil francos al año.

La Prusia era una verdadera autocracia, sin las asambleas de Estados que se hallaban establecidas en todo el resto de la Alemania; y la unidad del gobierno sujeta á la disparidad de tantos países; sin embargo, la monarquía tenía ciertas restricciones de uso, y la administración se libraba de la arbitrariedad, merced á los colegios que lo dirigían. Federico no veía la fuerza en la constitución, y en la propiedad, sino en el ejército y en el tesoro. Sintióse capaz de hacer grande á su pueblo no se cuidó de instituciones, sino de sí propio y de los medios que en manos despóticas son mas pronto y eficaces. Eran estas ideas propias de su tiempo, como la manía de intervenir en todo; así se sucedían con rapidez los reglamentos sobre el comercio, sobre las fabricas, sobre la agricultura. Sin embargo, aunque era filósofo, no supo hacerse superior á muchas preocupaciones, conservó cuidadosamente en los ejércitos la diferencia entre nobles y plebeyos, concedía difícilmente pasaportes y prefijaba el dinero y el tiempo que habían de gastar los viajeros. De comercio entendía poco y destruyó las sociedades mercantiles con protejerlas, dió privilegios, ¿qué mas? alteró la moneda.

A la verdad, no me parece que los filosofantes tenían mucho motivo para envanecerse por la adquisición de este adepto, déspota sin fé y sin remordimientos, que se apresuró á hacer olvidar lo que había escrito en su *Anti-Maquiavelo*. Creía como ellos que el amor á la verdad consistía en descomponer, negar, desdeñar, y en las cartas particulares hizo alarde de un cínico desprecio á toda creencia; pero aplicando el egoísmo de aquella escuela á los intereses del rey, decía: *Si quisiera castigar una provincia mia, se la daría á gobernar á un filósofo*. Aplaudían cuando le sugería la idea de desmentir á Cristo restableciendo el reino judaico en Jerusalem, pero no hacia nada; y cuando Voltaire lo aconsejaba que abriese en sus Estados algun asilo á los filósofos de Francia, respondía: *Si, con tal que respeten lo que deben, y observen decencia en sus escritos*. En una palabra, amaba la libertad mientras no atacase sus prerogativas.

Su cambio mas admirable fué el haberse aficionado á las armas cuando en su juventud los había aborrecido y detestado; y habiéndose educado entre libros, llegó á ser fundador del nuevo arte militar. Habían existido antes grandes generales como Gustavo Adolfo, Condé, Turenna, Montecoculi, Eugenio; pero éstos habían obrado mas bien por inspiración que por reglas, y todo estaba encomendado al valor y a la fuerza material.

Louvois, ministro de Luis XIV, había hecho de los ejércitos una parte regular de la administración y construido almacenes para mantener á los soldados que al principio vivían sobre el país. Gustavo Adolfo había creado la artillería ligera, perfeccionado los arcabuces, sustituido las bayonetas á las picas, y reducido las compañías á tres filas. Federico Guillermo había introducido en la infantería la armonía de todas las partes que facilita y uniforma las evoluciones.

Federico II redujo la Prusia á monarquía militar con doscientos mil hombres armados, casi todos del país, divididos en regimientos de guarnición y batallones francos. Todos los dias tenían ejercicios, todos los años grandes maniobras, y frecuentes paradas: tenía tambien grandes reservas de armas y mucha artillería; abolió la estólida costumbre de dar ascensos á los oficiales por antigüedad; mantenía rigidísima disciplina, y el mariscal de campo que usaba cubierto de plata era castigado con severidad. De este modo soldados sin entusiasmo ni de patria ni de religión, con el palo y con los ejercicios, llegaron á ser héroes.

Las primeras empresas no prometían que fuera Federico un gran general; pero en la batalla de Hohenfriedberg, la Europa pudo comprender su genio, inventor de la guerra moderna. El la sometió á las concepciones del talento, calculando sus elementos todos y reduciéndola á ciencia mista, combinando la estrategia con la táctica y siendo maestro en ambas aunque mejor en la segunda, en la cual nada quedó á Napoleon que añadir. Redujo constantemente á tres filas el orden de batalla en vez de aquellas masas, que se creían necesarias para resistir el choque de la caballería y que ofrecían al cañon mayor ocasion de estrago, y así pudo presentar un frente doble ó triple y manejar con celeridad las diversas fuerzas, coordinando por consecuencia las marchas para asegurar su superioridad numérica en los golpes proyectados. A él corresponde el mérito de haber introducido entre los modernos la regla del orden oblicuo, esto es, de no lanzar paralelamente todo el frente al ataque, sino concentrar el esfuerzo en el punto decisivo. Comunicó al soldado el instinto de la estrategia acelerada que triplica el número, y no deteniéndolo reflexión ninguna moral, violando territorios y atacando á poblaciones inofensivas, seguro de que la victoria le daría la razon.

Tambien los países mas septentrionales sintieron el influjo de los filosofantes. Los rusos, nacion diestra é imitadora, habían sido enseñados á guerrear por Pedro I, el cual, atrayéndose los mejores oficiales y soldados de Carlos XII y de toda Europa, llevó á pleno efecto el sistema que no habían logrado establecer Luis XIV y Federico Guillermo, porque se las hubo con gente mas material y desde su nacimiento hecha para obedecer. La imprudencia de Carlos XII, las discordias y debilidad de los polacos, los desastres de

Luis XIV, la depresión de Austria, lo habían favorecido para engrandecer su imperio y hacer formidable su ejército. Así le obedecían las provincias que baña el Báltico, y le eran tributarias Polonia y Suecia.

Tres mujeres se habían sentado en el trono de los Czares durante aquel siglo, Catalina I, Ana Ivanowna é Isabel Petrowna elevadas al solio por revoluciones que todos conocen, hasta que al fin lo ocupó Catalina II matando á su marido Pedro III (1763). La Rusia ocupaba entonces una octava parte del mundo conocido, pero no tenía mas que veinte millones de habitantes, es decir, apenas cincuenta por mirímetro, mientras que Francia tenía dos mil. Eran éstos una aglomeración de gentes diversas en costumbres, en tradiciones, en religion, la mayor parte nómadas y cuyo idioma no se entendía en Petersburgo. Traficaban generalmente en objetos toscos, y las rentas del imperio no pasaban de cincuenta mil rublos. En semejante imperio, que no necesitaba estenderse, sino mas bien civilizarse, Catalina habría debido conservar la paz, pero en vez de hacerlo emprendió continuas guerras, cuyo resultado la justificó.

Inmutable en sus designios cuanto insaciable en los deleites y astuta en la política, no contenta con ser déspota en Rusia, quiso ser dictadora en Europa, como lo había querido Luis XIV y como lo quiso despues Napoleon; y no desperdiciaba ocasion de satisfacer su codicia á costa de sus vecinos. Continuando el proyecto de Pedro, se captó la amistad de Inglaterra con favores comerciales, destruyó la intervención francesa en los negocios europeos, intimidó á la Prusia, animó al Austria, alimentó las discordias de la Prusia para acercarse á la India, reanudó las relaciones con la China y con el Japon, y sobre todo abatió el poderío turco, cuyo imperio quedó postrado con la paz de Kainargi.

Entonces se dedicó con ardor á hacer glorioso su imperio y hermosear las poblaciones de sus residencias, atrayéndose á los súbditos con recompensas y con monumentos para eternizar sus victorias. A la nobleza, á quien Pedro III había emancipado, concedió Catalina privilegios para personas y bienes; por el pueblo pudo hacerse perdonar mostrando devoción, mientras ostentando incredulidad agradaba por otra parte á los filósofos; todos los años reunía á los ministros de los diversos cultos, en un banquete de tolerancia; acogió en su imperio á los jesuitas proscritos, permitiéndoles que establecieran un colegio, y á los soldados y generales concedió con mucha profusion elogios y recompensas. Introdujo tambien la inoculación de las viruelas sujetándose ella misma á la operación y haciéndola sufrir á su hijo y á los principales personajes; gustaba de las fiestas y magnificencia; en su corte aprendían los señores los modales franceses y se leían las obras francesas, traducidas por ella misma ó mandadas traducir.

En la vida privada tenía naturalidad, en la pública disimulo y reserva; ni la cólera ni la venganza la hacían pasar mas allá del punto hasta el cual llegaba la necesidad del delito. Necesitando distracciones no encontraba en la corte sino groseros libertinos que aspiraban á explotar su privanza y por tanto á adularla. Concebía grandiosos proyectos, pero sin gran prevision; avanzábase paso á paso para ver hasta donde podía llegar, y confiando en su propia fortuna, anhelosa de engrandecerse en la opinión pública, mas deseosa de parecer que de ser, invitaba á los estranjeros á establecerse en su país, prometiéndoles privilegios y libre culto, pero los dejaba morir de hambre; fundaba ciudades, pero éstas no tenían habitantes; establecía el comercio, y todas sus ventajas eran para Inglaterra; fomentaba las artes, pero solo los estranjeros trabajaban. No se cuidó de buscar los medios lentos indispensables para vencer la ignorancia supersticiosa y desarraigar las costumbres brutales de la esclavitud; pensaba solo en hacer que se elogiase sus conócimientos y su ingenio; decía que la verdadera gloria consistía en la aprobacion de los hombres de talento, y la buscaba derramando abundantemente sobre los dispensadores de la fama alabanzas y rublos. Sabia hacer preconizar sus reformas con mucha anterioridad á su establecimiento, y ponderarlas despues, y proclamar por boca de los filósofos los ukases impracticables que publicaba y olvidaba en seguida. Eranle enviados todos los escritos franceses; remitía á Buffon las rarezas de su país con cartas lisonjeras, á las cuales él respondía llamándola "cabeza celestial digna de regir al mundo entero," y asegurando que llegaría un tiempo en que los hombres del Norte bajarían hacia el Mediodía "para regenerar esta parte indolente de la Europa." Cuando los enciclopedistas se vieron molestados en Francia, ella pensó llamarlos para que completasen su obra en Petersburgo; propuso á D'Alembert que fuese á educar á su hijo; convidó tambien á Diderot con su protección y le manifestó mucho agrado y complacencia, hasta que éste le habló de derechos de los pueblos y de porvenir, habladurias que la empalagaron.

Así pues, su liberalismo no iba mas allá que el de Federico; sin embargo, Voltaire se valía de su ejemplo para echar en cara á los franceses ciertos abusos aun no combatidos. En la singularísima correspondencia que siguió con Catalina, es de observar con cuánta galantería solicita la emperatriz la aprobacion de este rey de la fama; unas veces se abandona hasta el punto de hacerle un grande elogio de su galan y cómplice "el mayor de los Orloff que tiene el alma de un romano, y es digno de los mejores tiempos de la República;" otras veces aspira á ser elogiada por Voltaire con motivo de la desmembración de la Polonia, verificada con el objeto de propagar la tolerancia religiosa; ya le deja entrever la idea de la emancipación de